

Unos pocos de días bastaron para que una reacción completa se hiciese en el espíritu del pueblo.

Gritaba:

—Viva Berry!—y habría gritado:

—Viva el armagnac!—si el duque lo hubiera autorizado.

Isabel llevó á Blanca á los brazos de su padre, y mirando al caballero de Mercq que estaba presente, preguntó al duque que cuándo eran las nupcias.

Esta vez no se ruborizó Blanca; pero brotaron las lágrimas á sus pestañas.

La vuelta del duque de Berry á su hotel de Nesle, fué una verdadera fiesta; pero, lo mismo que todas las fiestas, duró poco.

Los desórdenes de la corte llegaron á su colmo, eran un delirio.

Las asonadas fueron incesantes; la guerra civil permanente.

Nada podría dar una idea de las monstruosidades que se produjeron y de cuán poderoso sería el espíritu de nacionalidad que luchó tanto tiempo contra tantos elementos de destrucción, acabando por destruirlos.

Aquí citaremos la historia que se liga íntimamente con el objeto de que tratamos.

Enrique V, rey de Inglaterra, aprovechándose de los crímenes, de la debilidad y de los desórdenes de la corte de Francia, pidió á Carlos VI en 1415 á su hija Catarina en matrimonio, un millon de dote, y las provincias cedidas á la Inglaterra por el tratado de Bretigny.

La Francia negociaba, ganaba tiempo.

El rey de Inglaterra, á la cabeza de un ejército de cincuenta mil hombres, desembarcó en nuestras costas el 25 de Octubre.

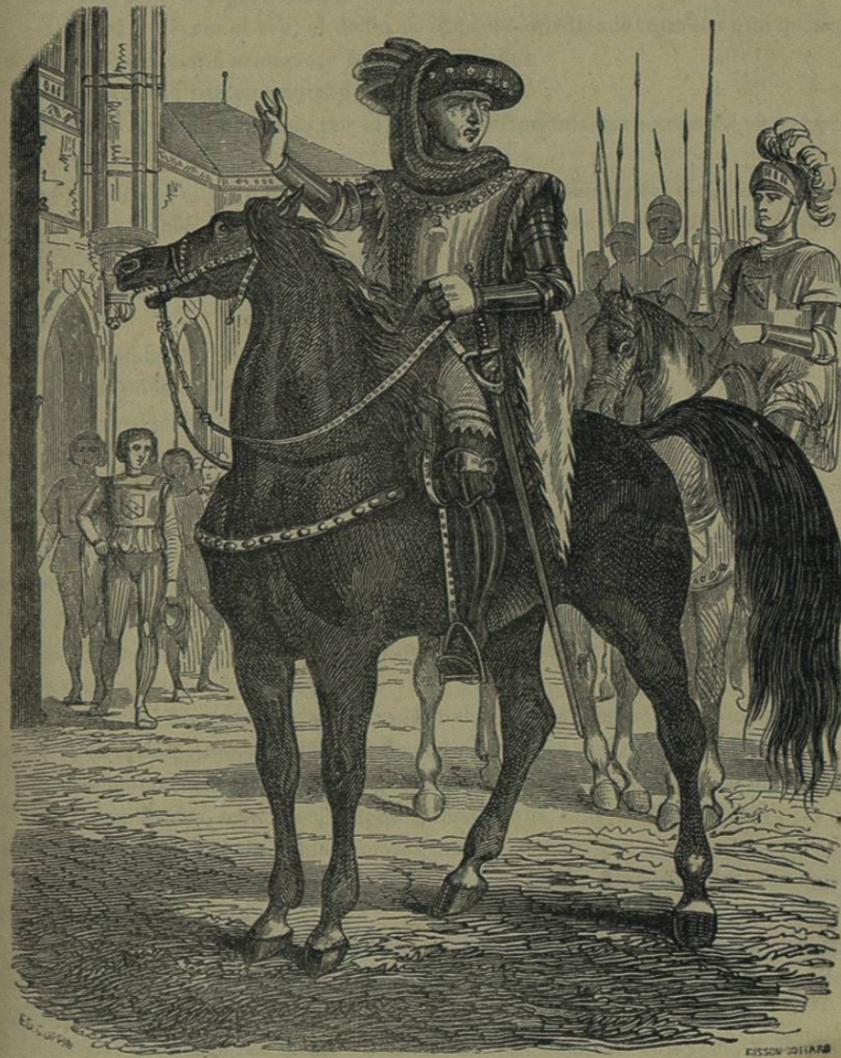
Los parisienses indignados de las tropelías y de los excesos que cometían á los alrededores de su ciudad las tropas del partido de los Armagnacs ó del Delfin, habían concebido hácia este príncipe un odio que alimentaban y renovaban las intrigas del duque de Borgoña.

Este odio tomó nuevo grado de incremento con motivo de la violación del tratado de Pontoise.

Esta violación, cometida por el condestable de Armagnac, fué preludio y pretexto de las espantosas escenas de que fué teatro Paris y el duque de Borgoña principalmente.

Algunos parisienses, instigados por la facción burguiñona, fueron secretamente en número de seis ú ocho, á buscar á Pontoise al señor Isle-Adam, que ocupaba esta plaza por el partido de los burguiñones, y convinieron con él, el día, hora y lugar en que se presentaría bajo los muros de Paris con todas las tropas que pudiera reunir.

En la noche del 28 al 29 de Mayo de 1418 Isle-Adam, á la cabeza de cerca de ochocientos hombres llega sin ser visto, y se acerca á la puerta de S. German-Perrinet Leclerc ó el Féron, hijo del que guardaba las llaves de esta puerta,



había conseguido sustraérselas de debajo de la almohada de su padre, y abrió esta puerta à las tropas de Isle-Adam.

Estas tropas, favorecidas por la oscuridad de la noche, avanzan en sigilo hasta cerca del Châtelet, donde los esperaban mil doscientos parisienses armados.

Entónces á un tiempo, exclamaron todos:

—La paz! Vivan el rey, el delfin y la paz!—añadiendo que los que quisiesen la paz, corriesen á armarse y á unirse con ellos.

Proclamaban la paz encendiendo la guerra civil.

Tal era el manejo empleado por el duque de Borgoña para engañar à los parisienses.

Los sediciosos, cuyo número aumentaba à cada instante, se dirigieron al palacio de San Pablo, forzaron sus puertas, hablaron al rey y lo obligaron á montar á caballo y ponerse á su cabeza.

A la noticia de esta entrada, los partidarios de los Armagnacs se llenaron de asombro.

El condestable de este nombre, gefe del partido, se refugió en la casa de un hombre del pueblo, cercana á su palacio.

Fannegoy-Duchatel, preboste de Paris, corrió al palacio del Delfin, despertó á este príncipe, que despues reinó bajo el nombre de Carlos VII, y cubriéndolo con sus vestidos lo trasportó al barrio de San Antonio y de ahí lo condujo à Melun.

Muchos del mismo partido se retiraron á aquel barrio; pero otros no pudieron hacerlo.

Unos se ocultaron en subterráneos-bodegas, otros, sorprendidos en su lecho fueron arrojados á los calabozos del Louvre, del Châtelet, &c.

De este número fué el canciller.

Pocas horas despues de esta entrada, todos los parisienses llevaban sobre sus vestidos la cruz de San Andrés que formaba el blason del duque de Borgoña.

Se habrian encontrado en Paris, gentes de todas condiciones, dice un testigo ocular, como frailes, mendigos, mugeres, llevando la cruz de San Andrés..... mas de doscientos mil sin contar con los niños.

Al mismo tiempo, Guy de Bar, de la faccion de los Burguiñones fué nombrado preboste de Paris.

Bien pronto los Armagnacs, retirados á la Bastilla, se fortificaron en ella, hicieron venir de fuera cosa de mil seiscientos gendarmes y con esta fuerza emprendieron una salida à la ciudad.

Habiendo avanzado por la calle de San Antonio hasta la de Tyron, y creyendo asegurada la victoria exclamaron:

—A muerte! A muerte! Ganemos terreno. Vivan el rey y el delfin! Muerte! Muerte do quier!

Cada partido para seducir al pueblo invocaba los nombres del rey y el delfin.

Entónces Guy de Bar, nuevo preboste de Paris, llega á la cabeza de su tropa

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA
U. A. N. L.

detiene à los Armagnacs, los bate, los derrota y despues de haber dado muerte à mas de trescientos hombres, obligaba à los demas à refugiarse en la Bastilla.

Los cadáveres de los vencidos fueron arrojados à los muladares.

Esta tentativa de los Armagnacs inflamó la cólera de los partidarios del duque de Borgoña, que se dirigieron à todas las casas donde creían encontrar enemigos resueltos; descubrieron à muchos, se apoderaron de ellos y los arrojaron à los calabozos, que ya estaban llenos.

El rey, que, segun dice un contemporáneo, no era entonces *muy sensible*, es decir, no estaba en sus cinco, no gobernaba.

Los enemigos de su corona, los burguiñones, pidieron à su nombre, publicar al son de las trompetas, en las calles de Paris, una orden para que todos aquellos ó aquellas que supiesen los lugares donde se ocultaban los partidarios del condestable de Armagnac, viniesen bajo pena de ser arrestados ó privados de todos sus bienes, à denunciarlos al prevoste de Paris.

Esta orden determinó al hombre que ocultaba en su casa al condestable à ir à denunciarlo.

El prevoste, al momento ordena que sea arrestado y conducido à los calabozos del palacio.

Todos los consejeros del rey, dice Juan Lefevre, y otros que pertenecian al partido de Armagnac, fueron saqueados, aprehendidos ó muertos cruelmente.

En esta circunstancia, el colegio de Navarra fué saqueado completamente y no quedó en él mas que la biblioteca.

No se limitaban solamente al robo, sino que asesinaban.

En este mismo dia, se contaron los cadáveres de hombres, mugeres y niños esparcidos por las calles, y su número ascendió à quinientos veintidos, sin contar los de las personas asesinadas en el interior de sus casas ó ahogadas en el Sena.

El furor se habia calmado, la venganza estaba satisfecha, y en este estado habrian quedado las cosas si los parisienses, instigados por los infames agentes del duque de Borgoña, no se hubieran entregado à mayores escesos todavia.

Estas gentes imaginaron, para dirigirlos mas fácilmente, reunir à los parisienses en una hermandad.

A consecuencia de esto, en la iglesia de San Eustaquio, se instituyó una hermandad de San Andrés.

Cada hermano debia ornar su cabeza con una corona de rosas: se fabricaron sesenta docenas de ellas en doce horas.

Aunque faltasen muchas al zelo de los socios, estas flores fueron bastantes para perfumar la iglesia de San Eustaquio.

¿Quién habia de creer, que esta fiesta de primavera, que estas rosas, símbolo de pureza y amor, fuesen preludios de las mas atroces escenas?

Tres dias despues, el 12 de Junio de 1418, gritos de alarma se dejaron oír en diversos puntos de Paris; se esparce la vez que las Puertas de Bordel y S. Ger-

man de los Prados son atacadas; todos se arman, se reunen y se dirigen hácia las Puertas; pero se convencen de que ningun enemigo se ha presentado allí.

Aquí se deja ver la pérfida mano que dirigia à los parisienses.

Los revoltosos sintieron la necesidad de engañarlos para disponerlos à tomar las armas.

Entónces aparece un hombre llamado Lambert: se pone à la cabeza de la gente y la escita à seguirlo à los calabozos de la ciudad.

La tropa conducida hácia los de la conserjería del palacio, fuerza sus puertas haciendo oír estos gritos espantosos:

—A muerte! A muerte esos perros, esos traidores armagnacs.

Los prisioneros, entre los cuales se encontraban el conde de Armagnac, condestable de Francia, el canciller de Marle, su hijo, el obispo de Coutances, y otros muchos detenidos por causas estrañas à los negocios públicos, son asesinados todos, y sus cadáveres desnudos quedan espuestos à las ultrages de un populacho furioso.

Del palacio, los revoltosos se dirigen à la cárcel de San Elías, donde todos los presos son matados à hachazos.

Solo uno logró escaparse à esta carnicería.

Fué Felipe de Vilette, abad de San Dionisio; se vistió con sus hábitos sacerdotales, y se arrodilló delante del altar de esta prision, teniendo en la mano la patena.

Esta estratagema lo salvó.

Las cárceles del Pequeño y del Gran Châtelet son asaltadas en seguida.

Los que las custodiaban rehusan la entrada à la multitud; pero bien pronto viéndose amenazados, consienten en hacer salir los prisioneros, que pasando por el portillo son hechos pedazos uno à uno.

Las prisiones del fuerte del Obispo, de Saint-Magloire, de San Martin de los Campos, del Templo, del Tyron, fueron teatro de iguales crímenes.

El nuevo preboste de Paris y el señor de Isle-Adam se reunieron en los primeros momentos de estos asesinatos para impedirlos; deseaban apagar el incendio que habian provocado; emplearon las razones y aun las súplicas.

Se les respondia:

—Renegais de vuestra justicia, de vuestra piedad, de vuestra razon! Maldito sea el que tenga piedad de esos traidores armagnacs, de esos perros! Han consumido, han esquilado el reino de Francia, y lo han vendido à los ingleses.

El preboste viendo inútiles sus palabras no volvió à insistir mas.

Los asesinatos continuaron.

Cuando los revoltosos no podian penetrar en las cárceles, las incendiaban y los prisioneros perecian asficsiados por el humo, ó devorados por las llamas.

Tan solo una prision fué respetada, la del Louvre, porque el rey habitaba entonces este castillo.

El número de los prisioneros de Paris, que, durante doce horas consecutivas,

por agua, por fuego, ó por el hierro ascendía entónces á mil quinientos diez y ocho, entre los cuales, dice el autor del Diario de Paris, fueron encontrados muertos cuatro obispos del traidor é infame consejo, y dos presidentes del Parlamento.

Las matanzas cesaron por fin, é hicieron lugar á las calamidades que siguen ordinariamente á los grandes escesos.

El partido de los Armagnacs continuaba matando, robando, incendiando en las cercanías y hasta en las puertas de Paris, y privando á la ciudad de todos los recursos domésticos.

Bien pronto una hambre espantosa que se hizo sentir, encendió la cólera de los habitantes: quisieron vengarse de los armagnacs de fuera sobre otros armagnacs, que desde algun tiempo se habian encerrado en las cárceles de Paris.

Ya, en el mes de Julio del mismo año de 1418, los revoltosos habian intentado una segunda expedicion contra los armagnacs: no se sabe por qué no la llevaron á efecto.

La partida se emplazó para el 21 de Agosto siguiente, época de un levantamiento terrible.

En este dia los parisienses fueron á situarse delante del Gran Châtelet, con la intencion de asesinar á los prisioneros.

Estos, instruidos del peligro que los amenazaba, sostuvieron el asalto, lanzando tejas y piedras contra sus enemigos, débil resistencia por cierto!

Algunas escalas puestas en muchos puntos favorecieron la escalada.

Los asaltantes pasaron á cuchillo una parte de los prisioneros, mientras que otros eran arrojados vivos de las ventanas y de las torres.

Las mismas escenas se repitieron en el Pequeño Châtelet.

Los parisienses, ó mas bien los agitadores de la faccion bourguíñona, se quejaban de que los armagnacs encerrados en la bastilla de San Antonio escapaban á su furor: decian que se les dejaba evadirse secretamente fuera de la ciudad, mediante un fuerte rescate.

Para poner fin á estas evasiones compradas, fué para lo que vinieron á sitiarse esta fortaleza: á pedradas, tiros de ballestas, cañonazos, llegaron á forzar las puertas.

El duque de Borgoña, instigador de todas estas tropelías, llegado á Paris hacia pocos dias, quiso hacerse el honor de parecer impedir las; se presentó para calmar el furor popular, y no lo consiguió; consintió en entregar á la tropa los veinte prisioneros detenidos en esta Bastilla, con la condicion de que no se les haria ningun mal.

Se resolvió que estos prisioneros fuesen trasferidos á la cárcel del Gran Châtelet.

Se verificó esta traslacion en el momento en que esta prision era sitiada por los revoltosos.

Estos desgraciados prisioneros, acercándose al Gran Châtelet, fueron arrancados de los que los escoltaban, y hechos pedazos por el pueblo.

Continuaron durante el siguiente dia los asesinatos en las casas: muchas mugeres, y aun algunas en cinta, fueron muertas: el verdugo, hombre considerado entónces, convencido de ser el principal autor de las atrocidades de esta última clase, fué detenido, condenado y decapitado por su criado, al cual dió ántes de la ejecucion una leccion detallada sobre el arte de cortar diestramente una cabeza.

Este verdugo, llamado Capeluche, era el agente favorito del duque de Borgoña.

Los carniceros Goys, Saint-You y Caboche, formaban parte tambien de los incendiarios.

El autor de la Historia cronológica de Carlos VI, dice:

«Los autores de tanto daño y tan cruel carnicería eran, el susodicho señor de Isle-Adam, el señor Juan de Luxemburgo, Carlos de Leus, Claudio de Chateaus, y el señor Guido de Bar, los cuales mandaban matar dentro de las prisiones, ó tambien precipitar por las ventanas ó desde arriba de las paredes, valiéndose del verdugo de Paris y de una turba de bandidos y ladrones de los pueblos de los alrededores de Paris, y de este modo fueron ahogados y asesinados cerca de tres mil.»

Sin embargo, el hambre ocasionada por los robos y los incendios que ejecutaban los armagnacs en las cercanías de Paris iba aumentando cada dia en esta ciudad: fué seguida como de ordinario, de una enfermedad contagiosa que se declaró en el mes de Septiembre siguiente, y que hizo tantos estragos, que en el espacio de cinco semanas murieron cincuenta mil habitantes.

En medio de estos sucesos diversos era cuando el duque de Berry volvia á tomar posesion de su palacio de Nesle.

Este príncipe tenia entónces poco mas de sesenta años, y las fatigas de la guerra lo habian envejecido mucho: ademas, un pesar intenso habia desgarrado su corazon á la sola vista de esta habitacion real, en otro tiempo tan suntuosa, tan resplandeciente, tan llena de vida y de alegría, y ahora saqueada, destruida, aruinada casi completamente, á escepcion de los oratorios, porque segun hemos dicho, el pueblo no se atrevió á penetrar en estos lugares sagrados.

Sin embargo, á pesar de su edad avanzada y de estos desastres que lo afligian tan profundamente, el duque, animado por su Blanca querida, tan feliz con volverle á ver, por Tomàs de Mercq, considerado como su futuro yerno, y sobre todo, por su tesorero Marcelon, que pudo aprontar al momento, y á pesar de la desgracia de los tiempos, sumas inmensas; el duque, segun hemos dicho, no solamente se consoló, sino que trabajó con tanto ardor, que algunos meses le bastaron para repararlo todo, y volver al palacio de Nesle su antiguo brillo.

Aún recibió allí de nuevo la visita de Isabel, que queria volver á ver su aposento querido de la torre de Nesle, y al que volvió á ver en efecto; pero del que

no quiso ó no se atrevió à quitar á Blanca, pareciendo la encantadora niña mas prendada que nunca de este retrete, desde los peligros que habia corrido allí, y del modo casi milagroso con que habia escapado de ellos.

Blanca se habia vuelto pensativa, melancólica en estos últimos tiempos; buscaba la soledad, y siempre tenia multitud de pretextos escelentes, para librarse de las visitas importunas del caballero de Mercq, y para aplazar para una época cada vez mas lejana su matrimonio, del cual le hablaba algunas veces su padre.

El caballero por el contrario, parecia muy impaciente por terminar este importante negocio, y sobre este tema no agotaba sus súplicas para con el príncipe.

—No olvidaréis, segun espero, monseñor,—le decia,—que todo lo he sacrificado por vos en esta desgraciada guerra, y que me he hecho enemigo de los míos para agradaros y servirlos.

—Tan buenos servicios no se olvidan, caballero,—respondia el duque;—siempre me acordaré de ellos, y si á causa de esto os encontrais en mala posicion, tambien sabré acordarme.

—Monseñor, yo no pido mas que lo prometido, es decir, la mano de la señorita Blanca, vuestra hija querida, que desde hace dos años deberia ser la señora de Mercq.

No os mostreis tan escigente, yerno mio, y tendréis á su tiempo lo que sepa esperar. Blanca es muy jóven y de mala salud, el sol de estío revivirá esa tierna flor.

Pero al sol de estío sucedió el de otoño, despues llegó y pasó el de invierno sin que el caballero hubiese adelantado lo mas mínimo.

Era porque Blanca, por su parte, recordaba á su padre la promesa que le habia hecho de no separarla ya de él.

—Mi adorado padre,—le decia con aquella voz dulce y meliflua que tan bien le convenia y le probaba siempre,—¿por qué pensar en hacerme abandonar esta habitacion, ahora que me encuentro tan feliz aquí, á vuestro lado?

—Oh! Dios no quiera que me dejéis alguna vez, hija mia; el palacio es bastante estenso para que el caballero de Mercq encuentre buen acomodo en él, y los dos permanezcáis aquí mientras haya un latido en mi corazon.

—¿Y olvidais, querido padre, que un marido es un amo?

—Por vida de... no estoy de humor de tolerar aquí mas amo que yo!

—¿Por qué querer entregarme entónces al señor de Mercq, cuya voluntad deberá ser mi ley?

—Hija, lo he prometido á ese bravo caballero.

—Pues bien, querido padre, concededme un plazo, y yo os libertaré de ese compromiso.

—Y el duque concedia todo lo que pedia Blanca; y todo lo que deseaba no podemos nosotros decirlo, por la razon de que acaso ella tampoco lo sabia.

Pero si la encantadora jóven no sabia todo lo que deseaba, sabia perfectamente lo que no queria, y lo que no queria era ser esposa de Mercq.



¿Por qué?

A este por qué, suponemos que habia una multitud de *por qué*s; pero no diremos ninguno, puesto que en tan grave materia no es bueno avanzar nada sino á sabiendas.

Sin embargo, las conjeturas son permitidas y las emplearemos.

Así conoceremos desde luego en la linda Blanca, este amor súbito por la soledad, ese encanto que parecia tener para ella la torre de Nesle, cuando parecia mas natural que esta morada le inspirase horror, y levantando algunos velos desconocidos para el vulgo, nos requerirémos, si esa rabia de leon, que en este sitio habia mostrado Caboche no servia para algo en este negocio normal.

¿Pero qué se hacia este terrible capitan, este bebedor de sangre, voluptuoso, que no escogia entre hombres y béstias?

Continuaba acuchillando, asesinando, segun se acaba de ver en los cortos fragmentos de la historia de París citada ántes, figuraba en todas estas grandes y horribles escenas de carnicería que enrojecian incesantemente las aguas del Sena.

Pero le acontecia tambien algunas veces pasar muchos dias sin salir de su casa en la plaza de Nuestra Señora; entónces se encerraba en el cuarto que habia ocupado Blanca, se arrodillaba cerca del lecho en el cual ella habia dormido, y permanecia en esta actitud durante horas enteras.

Despues, repentinamente se levantaba rugiendo como un leon, y con una voz que se esforzaba por contener en su pecho, decia:

—Tomás de Mercq! mia es tu sangrel mia es tu vida..... Oh! maldito caballero, cómo no te he encontrado aún en mi camino!..... Te encontraré, condenado, aunque debiese irte á buscar al mismo infierno..... Monseñor de Borgoña, me habeis jugado una mala partida, y á su tiempo os pediré cuenta de todo!..... ¿Pero Blanca?... Blanca ama acaso á ese armagnac, hijo del diablo, á quien quieren darle por esposo?..... Blanca!..... Blanca! é iré á preguntar á tí mismo, y me atrevo á jurarlo por Dios!

Era verdaderamente prodigioso este temor de Dios en esas almas condenadas; pero tales eran los terribles incendiarios de esta época, que todo aquello en lo que no aparecia el nombre de Dios no era para ellos mas que falsos ropages, cuyo adorno perdonaban.

Una noche el caballero de Mercq volvia de Vincestre (Bicêtre), castillo que pertenecia al duque de Berry, su futuro suegro, seguido de un escudero, se dirigia hácia la morada de Nesle, el camino mas corto y mas seguro para penetrar al palacio despues de puesto el sol, cuando se detuvo repentinamente su caballo piafando y se encabritó, obstinándose en no pasar adelante.

Ya el caballero le habia enterrado muchas veces las espuelas en el vientre, sin conseguir hacerse obedecer, cuando un hombre saliendo á corta distancia de allí detras de una casucha abandonada, se adelantó, tomó con una mano la brida, cerca del freno, y blandiendo en la otra un ancho puñal, exclamó:



CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD

BIBLIOTECA
U. A. N. L.

—Hola! caballero de Mercq, tú que tan erguido elevas la cabeza cerca de los rostros femeninos, te desafío á echar pié á tierra, á fin de medir tu larga espada con esta buena hoja, cuya singular virtud te quiero hacer conocer.

—Atras, villano!—esclamó Tomás de Mercq echando mano á la espada.

Apéna habia lanzado este grito, cuando el cuchillo del asesino se hundia hasta la empuñadura en el pecho del caballo, que cayó al instante.

El caballero, á pesar del peso de su armadura se volvió á levantar prontamente; pero en la caída su espada se habia roto.

Caboche, porque él era, agarrándose entónces al cuerpo del prometido de Blanca, lo tiró de nuevo, y poniéndole una rodilla sobre el pecho iba á introducirle su largo cuchillo en la garganta, cuando una patrulla de burguñones acudiendo al ruido de la lucha, y deseando un nuevo botin, vino á separar á los combatientes.

—Sus á ese armagnac!—esclamó Caboche, furioso de ver escapársele su víctima.

—Maestro,—dijo el paisano que mandaba la patrulla,—no os acordáis ya que el rey nuestro señor por intercesion de vuestro muy amado duque de Borgoña, nos ha vuelto nuestros derechos y franquicias solo bajo la condicion de no volver á hacernos justicia por nuestras propias manos?

—Atrás!... Atrás!...—esclamó Caboche, furioso de ver escapársele su presa.

Pero ya estaba rodeado y desarmado.

Sin embargo, como se le habia reconocido, y como su autoridad siempre era grande, le volvieron sus armas y se decidió que el caballero de Mercq fuese conducido al Châtelet para ser puesto á disposicion de la justicia del rey.

—Compañeros!—dijo el terrible capitan,—me respondeis de él con vuestra cabeza y vuestra sangre?

—Y por la salud de nuestra alma,—añadió el comandante de la patrulla, que hizo poner en marcha al momento la tropa que conducia al prisionero.

Una hora despues, Tomás de Mercq, gravemente herido, con los miembros y las costillas machacados por su propia armadura, era encerrado en uno de los mas lúgubres calabozos subterráneos del Châtelet, mientras que el capitan Caboche, bajando á lo largo del palacio de Nesle hasta la orilla del rio, entraba en la barca de un pescador y le ordenaba conducirlo bajo las ventanas de la torre cercana al rio, á lo que el pobre batelero ni pensó rehusarse, porque habia reconocido desde luego al capitan, que desde hacia algun tiempo, era ya el terror de Paris, y lo habria conducido al mismo infierno ántes que afrontar su cólera.

Caboche conocia por lo tanto sus ventajas del momento.

Llegado bajo las ventanas de la torre, hizo seña al barquero de detenerse, y le puso al mismo tiempo un escudo de oro en la mano.

—Compadre,—le dijo,—el aire es aquí suave y apacible; voy á pasar ahí algunos momentos.

A guisa de áncora, el barquero hundió hasta el fondo del agua una piedra grande atada á una cuerda; la barca se detuvo, y los ojos del malvado como dos chispas brillantes se dirigieron hácia las ventanas de Blanca.

Algunos instantes corrieron así, y ya el batelero buscaba una posicion mas cómoda sobre su barca para entregarse al sueño, cuando el carnicero precipitándose hácia él lo sacudió bruscamente, diciéndole con una voz sorda y mostrando con el dedo la compuerta de la torre:

—Aborda! Aborda!

Esta puerta, en efecto, acababa de entreabrirse para dar paso á un mensajero enviado por Blanca á la reina, que se habia convertido en su protectora; porque Isabel, por uno de esos caprichos bastante comunes en las organizaciones de esa naturaleza, se habia conmovido al saber que esta pobre niña estaba amenazada de ser entregada á un hombre á quien no amaba, y habia prometido ayudarla en caso de un gran peligro.

Ademas, hácia la caída de la tarde, el duque de Berry habia anunciado á su hija que era ya imposible mayor dilacion, y que el contrato se firmaria al dia siguiente:

Una barca salió, pues, conduciendo al mensajero de la hermosa Blanca, á quien ciertamente nadie habria creído tan osada, y la puerta iba á volverse á cerrar, cuando fué violentamente empujada por otra barca que venia de fuera.

Esta última era la que conducia á Caboche.

De un salto se lanzó el capitan hasta en medio de la escalera, y las gentes encargadas de la guardia de la torre por este lado, no habian vuelto aún de su sorpresa, cuando Simon Caboche llegaba ya al primer tramo.

Separando con sus brazos musculosos á los criados, que trataban de impedirle seguir adelante penetró sin trabajo hasta la pieza cercana á la de Blanca y vino á caer como una bomba en medio de las camareras de la gentil señorita, las cuales espantadas como una bandada de codornices, parecieron querer huir pidiendo socorro.

—Blancas palomas,—dijo Caboche, sin procurar adquirir un aire mas cortés,—bien me acuerdo á fé mia, que no dabais tanto escándalo el dia en que he tenido el honor de libertaros de las manos de aquellos malditos que tan mal empleaban su tiempo para haceros daño.

Estas palabras bastaron para calmar á las hermosas espantadas: conocieron la necesidad de hacer á su pesar buen semblante, y todas se aproximaron un poco conmovidas, bajando los ojos y ruborizándose lo mas que pudieron, porque habian reconocido á su intrépido libertador, y si no tenian ya temor, se sentian mal dispuestas bajo el fuego de su mirada satánica.

—Señoritas,—dijo,—no sé á fé mia como es que me encuentro aquí; pero una vez adentro, no saldré ya sin ir mas adelante.

Y ya se dirigia hácia el cuarto prócsimo, cuando la puerta de él se abrió: Blanca apareció, y Caboche se detuvo como herido de un rayo.